

Aparte de la extrema eficiencia, ya referida, que rodea la muerte del comisario, hay un dato que conviene tener en cuenta y que resulta bastante turbador. El comisario Calabresi llevaba constantemente a su lado un «guardia de corps», una protección permanente; este servicio le fue suprimido una semana antes de su muerte.

### Últimas noticias

Valpreda y sus compañeros siguen en la cárcel, pero el juez Stiz ha confirmado sus acusaciones contra Freda y Ventura, y las pruebas parecen consistentes. Aparte de las declaraciones de Guido Lorenzon, que afirma que en diciembre de 1969 su amigo Giovanni Ventura le hizo precisas confidencias sobre su responsabilidad en los atentados de Milán y Roma, ha aparecido, por ejemplo, el electricista Tullio Fabris, que ha confirmado que compró 50 «timers» (mecanismo eléctrico que se utiliza para la explosión de determinado tipo de bombas) por cuenta de Ventura, y que Freda le pidió indicaciones sobre la manera de construir un detonador por incandescencia.

El juez D'Ambrosio, de Milán, que se ha hecho cargo del caso, ha decidido desenterrar el sumario Juliano, el comisario que fue destituido por su excesivo celo en la investigación de actividades fascistas, y reconsiderar el «suicidio» del portero Alberto Muraro, su principal testigo de cargo; abrir un sumario contra el industrial petrolero Attilio Monti, propietario de «Il Giornale d'Italia», uno de los periódicos que más se distinguieron en la campaña contra Valpreda y que han utilizado con mayor frecuencia y celo la «estrategia de la tensión», y contra su yerno Bruno Riffeser, sospechosos de la financiación de grupos neofascistas y, en particular, de los que giraban en torno a Pino Rauti; firmar una orden de detención, como presuntos autores de los atentados de Roma y Milán, contra Pio d'Auria (cuyo rostro, como ya indicé en su tiempo el libro «Le Strage di Stato», ofrece un notabilísimo parecido con el de Valpreda), Giancarlo Cartocci (que parece que fue reconocido por Udo Lemke como uno de los personajes que había visto en torno al Fiat 124 la tarde de las bombas de Roma) y Serafino de Luia, todos ellos actuales o antiguos dirigentes del grupo fascista Avanguardia Nazionale e íntimos amigos de Mario Merlino.

Y para acabar, al menos estas páginas, pues los hechos que narran no están cerrados y admiten todavía muchos desarrollos y muchas sorpresas, explicaré un hecho que aparentemente encajaría mejor en la crónica de sucesos.

El 10 de julio de 1972, la Policía detiene, gracias a una confidencia, a Luciano Luberti, llamado también

el «verdugo de Albenga». Durante la guerra era cabo de primera en las SS y fue acusado de haber matado y torturado personalmente a 59 partigianos. Más adelante, en un libro de Memorias, «I camerati», escrito y publicado por cuenta propia, Luberti rectifica esta cifra y la hace subir a doscientos. Pero la Policía napolitana no le busca por estos hechos. En 1946 fue condenado a muerte, y posteriormente a cadena perpetua, hasta que una amnistía le sacó de la cárcel en 1953, y su responsabilidad por las cincuenta y nueve (o doscientas) muertes es cosa pasada. Sus problemas actuales proceden de que el 3 de abril de 1970 la Policía encontró en un apartamento de la calle Pallavicini, en Roma, el cadáver de una mujer, Carla Gruber, rodeado de latas de desodorante y en elevado estado de putrefacción; llevaba muerta cerca de cuarenta días y la causa de la muerte era un balazo en el corazón. Se acusó del homicidio a su amante, Luciano Luberti, pero éste había desaparecido. Desde su escondite, Luberti mandaba frecuentes cartas a los periódicos y llegó a entablar una correspondencia regular con «Il Tempo», el diario del que es redactor Pino Rauti.

Pues bien, el presunto asesino de Carla Gruber era también miembro del Fronte Nazionale del príncipe Borghese, y con motivo de la muerte de Armando Calzolari, el antiguo cajero de la misma organización, la madre de éste, Maria Giovo, señaló como posible asesino de su hijo a Luciano Luberti.

### Y una conclusión que no concluye

Estos son los hechos, una parte de los hechos ocurridos en Italia entre los años 1969 y 1972. He silenciado otros que podrían parecer demasiado fabulosos, y tampoco he querido sacar las últimas consecuencias de los narrados: éstas las dejo al lector.

Es previsible pensar que el círculo no está cerrado y que los planes que guían la maquinación volverán a manifestarse con algún hecho monstruoso. Y es deseable que la justicia haga honor a su nombre y acabe esclareciéndolos y evitándolos, aunque esto es muy difícil cuando lo que está en juego, como en este caso, es el poder, o al menos una concepción particular de él. ■

En muestra de agradecimiento, y para mayor información del lector, algunos de los libros y publicaciones que más me han ayudado a la confección de esta crónica:

Colectivo de Contrainformación: *Le Strage di Stato*, Semonà e Savelli, 1970.  
Camilla Cederna: *Pinelli. Una finestra sulla strage*, Feltrinelli, 1972.

Marcio Fini y Andrea Barberi: *Valpreda. Processo al processo*, Feltrinelli, 1972.  
Y las colecciones de «L'Espresso», de «ABC», de «Paese Sera», etcétera.

FEIFFER



Dist. Publishers-Hall Syndicate

© 1972 JUB FEIFFER